

Textos Selectos

de

San Rafael Arnaíz

Monje trapense

Agosto - diciembre 2023

DE "MI CUADERNO"

9 de diciembre de 1936

Como el ciervo desea las fuentes...

Ansias de vida eterna... Ansias de volar a la verdadera vida. Ansias del alma que, sujeta al cuerpo, gime por ver a Dios.

Grande es el sufrimiento de vivir, cuando en la vida solamente queda la ilusión de morir..., la ilusión de la muerte..., la esperanza de acabar, para empezar... Duro es vivir, pero todo se suaviza con la esperanza de que todo acaba.

Ansias de vida eterna revolotean por el Coro de la iglesia, cuando aún las tinieblas de la noche envuelven al Monasterio.

En un reloj suenan las cuatro y media... El frío penetra muy hondo, muy hondo; el cuerpo ligeramente alguna vez se estremece; no importa..., llegará el mediodía, y con él, el sol, y habrá calor y luz, y la alegría de su resplandor, se comunicará a ese cuerpo de hombre, que ahora tiritita en el Coro de la iglesia.

El alma también tiene frío... Allá en uno de sus rincones llamea una lucecita..., una centellica muy débil de amor a Dios. El alma la ve y se esfuerza en animar esa llama que tan débil brilla en la oscuridad de todo. Ansias de amar a Dios, padece el alma..., ansias de estar con Cristo... Es inútil volar con cadenas, y cadena fría es la vida para el alma.

Ansia de morir, deseos de libertad y de amor de Dios. En la tierra hace frío... Es el frío de la vida mortal... Es el frío del peregrino sin casa ni hogar, en una «tierra desierta e intransitable».

Suspira el alma por verse pronto libre de la carne que la aprisiona y atormenta..., todo es lucha, en el silencio de la iglesia... El espíritu que quiere volar y la carne que se arrastra. El alma que llora de no ver aún a Dios, y unos ojos que se cierran por el sueño y la vigilia.

Señor, Señor..., murmuran los labios..., como el «ciervo desea las fuentes», como el cervatillo sediento olfatea el aire buscando con qué mitigar su sed, así mi alma suspira de sed de vida... Vida eterna, vida que es espacio y luz, vida en la cual esa centellica que tengo dentro se dilatará, se inflamará y a la vista de tu rostro, dará más luz que el sol.

Señor, Señor, como el ciervo desea las fuentes, así está mi alma.

Fuera del Monasterio lucha el sol con lo último que queda de la noche... Todo llega y todo pasa. Pasarán los fríos y las nieves, pasarán los días y los años, pasará esta noche y llegará el día... Todo consiste en saber esperar, y al final, allá, cuando se acabe la vida, nuestra alma apagará su sed en la única fuente, que es Dios.

Grande es la misericordia divina, cuando pone a un alma en este estado, en el cual, todo contribuye a elevar el corazón muy por encima de todo lo criado y todo lo terreno. Cuando el alma pena de no ver a Dios, ¿qué le puede interesar el mundo? Cuando el espíritu se abisma en la

consideración de una eternidad, ¿con qué interés puede mirar el pequeño y limitado tiempo de su vida? Cuando el corazón suspira por la patria del cielo y su unión con el Eterno, ¿con qué indiferencia no mirará este valle de lágrimas que es destierro por poco tiempo?

En esos momentos, todo se achica y desaparece... Se olvida el mundo, tan ruin y pequeño... Se olvida a los hombres tan ocupados en sus afanes, sus luchas y sus miserias... El alma sufre por estar aún en la tierra, y como es natural, no concibe apego a nada que no sea el cielo, o sea Dios. Se extraña, de que haya alguna vez buscado postura en este lugar tan de paso y tan sin importancia. Se maravilla de que haya hombres que amen a Dios y, sin embargo, discutan y se preocupen del lugar que ocupan o han de ocupar en este mundo.

¡Qué pequeño es todo para el que siente vértigos de amor a Dios! ¡Qué pequeño le parece el mundo entero con todos los siglos, al que espera impaciente toda una eternidad! ¡Qué mezquinas resultan las ilusiones de los hombres, que se afanan por conseguir algo terreno!

Qué importa la salud... Qué más da el sitio éste o aquél..., ser querido o despreciado, ser pobre o ser rico... Todo eso es nada, para el alma que de veras vive más de la ilusión de cielo, que de realidades terrenas.

Qué bien se entienden aquellos versos de santa Teresa que dicen:

«Vivo sin vivir en mí
y tan alta vida espero,
que muero porque no muero».

Qué grandes debían de ser las ansias de Teresa de Jesús que la hacían morir.

Pobre de mí, infeliz trapense..., que también padezco una chispita, de la gran hoguera del corazón de Teresa... También en mi pequeñez tengo esas ansias de vida eterna..., ese «no vivir en mí» y ese «morir porque no muero».

Qué grande es la misericordia de Dios que pone al alma en trance tal... Se llega a no sentir el frío, ni el sueño; se abisma el espíritu en la inmensidad de Dios, en su Amor infinito. Se extasía el alma de solamente pensar en ese mundo sobrenatural que nos espera al final de la vida, en el cual no hay dolor, ni lágrimas; en el cual nuestra única ocupación será gozar de Dios sin ya jamás poder ofenderle.

¡¡Ansias de Cristo!! ¿Cómo no tenerlas? ¿Cómo es posible amar esta vida que es la que nos separa de Dios? Créase que es más propio de ángeles, que de hombres, gemir por la vida eterna... Es una equivocación. Cuanto más hombre se es, y más humanamente sentimos, más y con mayor ansia, se llora la vida y se desea morir.

El ciervo con sed..., es el animal acosado por los cazadores... Su sed le viene de su continuo correr por los montes, los riscos y las breñas. Busca con locura la fuente escondida donde sabe, hallará descanso a su fatiga, y el agua que templará sus ardores. El ciervo sediento es ciervo que huye.

También el alma que busca las fuentes de Dios, es alma que sufre... El hombre que ansía la vida inmortal, es hombre acosado también como el ciervo, de peligros mortales: cazadores le acechan, miserias le afligen, pasiones le turban.

El alma con ansias de cielo, es alma que ve sus flaquezas; el hombre que busca la fuente de Cristo, es que está sediento, y la sed, es de hombres y no de ángeles.

Bien sabe el Señor que cuando más débil me siento, cuando más lucho con la materia que tira hacia abajo, cuando el corazón se ve sujeto a tantas cosas, y mi alma sufre con un dolor más humano que divino, entonces es cuando arrodillado delante del Sagrario, y en el silencio de la noche, gimo y lloro como el ciervo sediento...

Entonces es cuando veo que sólo en Cristo se halla descanso... Entonces notamos que el amor que le tenemos es débil y flojo..., es la centellica que apenas llamea... Vemos nuestra nada y nuestra pequeñez, vemos egoísmos, y vemos que el mundo con sus cazadores, sus trampas y sus mañas, es el que acosándonos, nos empuja a buscar con afán lo que no es mentira ni engaño, lo que es amor verdadero y felicidad perfecta, lo que únicamente puede apagar nuestra sed... Cristo.

Entonces, cuando el alma divisa de lejos el lugar de su descanso, cuando en plena oscuridad de todo, comprende que allá en el cielo, la llama pequeña de su amor a Dios, se convertirá en luminaria potente... Entonces, cuando el alma ve lo pequeño que es todo, y lo grande que es Dios... Cuando se da cuenta de que lo que tiene es sed..., sed de amores divinos, pena de aún vivir..., ansias de vida eterna, entonces, pero no antes, es cuando cesa el sufrir y el penar es sabroso, y todo desaparece: el mundo y el hombre, las tinieblas y el sol..., todo lo criado, todo lo existente se reduce a un alma que mira a su Dios, y unas veces ríe, otras veces llora, pero siempre rumiando la misma canción... Señor, Señor, como el ciervo sediento busca las fuentes...

Suena pausado y grave el reloj de la iglesia. El frío del amanecer penetra muy hondo, muy hondo, pero no importa. Es el frío pasajero de un momento..., de una vida, y una vida es un instante en la eternidad, un instante que apenas merece nuestra atención.

CARTA A SU TÍA MARÍA, DUQUESA DE MAQUEDA,

desde Villasandino (Burgos)

8 de mayo de 1937 - 26 años

Ave María.

Queridísima hermana: En realidad no sé por dónde empezar esta carta que con tanta impaciencia esperas. Recibí las dos tuyas; ayer la segunda; pensaba haberte contestado el domingo, pero en vista de tus prisas, hoy sábado, me dispongo, con la ayuda de María, a complacerte.

En primer lugar, te diré que el motivo de mi carta no pretendo que sea ni un consuelo para ti, ni para mí, sino que solamente pretendo la mayor gloria de Dios, al procurar enviarte en mis torpes palabras, inyecciones de ánimo para *seguir*, dulzura y paz para *esperar*, y una serenidad muy grande lo mismo para sufrir que para gozar.

¡Cuántas cosas me preguntas que por carta no te puedo decir! También, ¡cuántas cosas se me ocurren que no te sé explicar!

Me pides que te hable de mí... ¿para qué? Ni tú ni nadie se deben ocupar de este pobre hombre que pretende ocultar a las criaturas aquello que sea su cruz que es su único tesoro, y en cambio, esparcir entre las almas que le rodean, mucha paz y mucha dulzura, y la mucha luz que el Señor, en su bondad, se digna enviarme...

Créeme, soy absolutamente *feliz*; no deseo *nada* para mí. Dios me da todo lo que necesito..., y más... Ha volcado a manos llenas en mi pobre corazón más de lo que cabe, y cuando un alma se ve llena..., ¿quién piensa en sufrir? ¿Quién se atreve a mirar sus propios sufrimientos, cuando se tiene muy dentro la Cruz ensangrentada de Jesús?... ¿Quién es el egoísta que llora sus insignificantes penas, cuando se tiene de una manera palpable la amistad de Jesús que por mí murió en [un] patíbulo?

¡Ah!, hermanilla, si de veras amásemos a Dios, qué de lado se nos daría todo..., nuestra vida sería no solamente una renuncia al mundo y a sus criaturas, sino que sería tal nuestro desprendimiento, que nuestro propio «yo» nos estorbaría, pues todo lo que nosotros somos, no es más que egoísmo, miserias, flaquezas, pecados, y *todo* eso nos impide ver la bondad y la majestad de Dios. Todo eso nos estorba para llegar a comprender su infinito amor.

¡Ah!, si de veras amásemos a Dios, cuán diferentes seríamos; con cuánta generosidad aprenderíamos a renunciar; con cuánta paz viviríamos nuestra vida en el mundo; qué poco nos importaría ni sufrir ni penar; ni las lágrimas nos amargarían, ni en los consuelos de las criaturas pondríamos a veces...

Mira, queridísima hermana, no sé decirte de mí más que eso, y no creas que es poco... Alguien me dijo que la máxima y suprema regla de mi vida era «niégate a ti mismo, toma tu cruz cada día y sígueme».

En el «niégate» está la labor de un alma que sólo quiere vivir escondida, que nada quiere para sí, que sólo por amores divinos suspira, y que comprende que no sólo la renuncia al mundo quiere Dios, sino que hay otra más difícil que es ésta, la renuncia a *uno mismo*, la renuncia a algo que llevamos dentro, que no te sé explicar, a algo que de veras estorba..., quizás me comprendas, cuando te pongas a los pies del Sagrario, mires a Jesús, contemples sus llagas, llores a sus pies y veas que ante la inmensa caridad de Cristo, **tú** desapareces, *tus* lágrimas desaparecen, **tu** alma entera se anonada, se hace como un polvillo de arena en la inmensidad del mar...

Entonces, ni sufres, ni gozas, *todo* es Dios. Él lo llena todo, ni tendrás *deseos*, y cuando alguien te pregunte... ¿qué te pasa?... ¿acaso sufres?, ¿por qué lloras?, ¿qué quieres? Entonces quizás te sonrías, y dirás: ¿Quién, yo? ¡Jesús bendito!, yo no soy nada, nada quiero, no me preguntes por mí..., no sé..., háblame de Dios.

Entonces verás cómo Dios llena todo..., verás cómo de lo *tuyo* nada te interesa; verás que solamente deseas hacer partícipe a los demás de esa ternura que Jesús pone en tu corazón; comprenderás tu pequeñez y *renunciarás a ella*. En nada tendrás tus gustos, tus consuelos, tus deseos, tus opiniones... Sólo Dios, nada más que Dios; un amor a Dios que llene tu vida, y que tu vida sea renuncia, sacrificio, oración y silencio..., eso creo que es el amor que Dios nos pide.

No te preocupes de mí..., soy absolutamente feliz..., aunque no me he detenido mucho tiempo en averiguarlo, créeme.

Nada pido, pero, sin embargo, acepto, y como me veo a pesar de todo, un pobre hombre lleno de miserias, no sé cómo agradecer a Dios, que haya almas como la tuya que quieran, como tú dices, *servirme de algo*... Bendita sea la Santísima Virgen. Ella, que todo lo que Él nos envía pasa por sus manos, bien sabe que, desde luego, *sirves*... Que Ella te pague tanta caridad y, créeme, aun la más pequeñita oración que digas por tu hermano..., no se desperdicia... Ya lo verás algún día.

¡Qué bueno es Dios! ¿verdad?

Veo todo lo que tu corazoncillo siente hacia mí. A veces me da vergüenza..., y otras sólo Dios sabe. Es tan dulce quererse en el Corazón de Jesús, en ese Corazón donde todos cabemos, y sin embargo, tan poco conocido.

Qué pena que los hombres estén tan ciegos..., no saben cuánta dulzura encierra el practicar la caridad de Cristo, ¿verdad hermanilla? Tú bien lo sabes...

Cuánto anima el verse ayudado, comprendido... Cuánto nos acerca a Dios un alma que, pasando por encima de todo lo terreno, nos dice..., ¿qué buscas en el mundo?, ¿no ves que todo es nada?... Sigue..., sigue amando a Jesús. Sube por esa senda que es sacrificio y renuncia, pero mira, mira con ojos serenos que eso es amor a Dios, que eso es lo único que llena al alma enferma de sed de Cristo.

Tus lágrimas la Virgen desde el cielo las recoge, tus consuelos de Dios te vienen... Sigue y no mires a los lados ni te detengas... ¡Qué consuelo tan grande! ¿verdad hermanilla? ¡Si los hombres supieran lo que es eso!, pero no lo saben, ¡qué pena!

Cómo se ensancha el alma contemplando la hermosura de las almas hermanas... Qué ansia tan grande de vernos reunidos en el cielo amando de lleno, inundados de la suavidad del Nazareno, que nos dijo: «Amaos los unos a los otros», y que allí lo veremos cumplido eternamente... ¿No te alegra el pensarlo? A mí sí.

Qué bien, hermana..., tenemos que ser mejores ya de una vez. Hay que darse prisa, la vida es muy corta. Se lo decía el otro día al H^o Tescelino, al que han destinado a un hospital cerca de Oviedo, y con ese motivo, vino el otro día a dormir a casa. Si vieras qué bueno es..., y lo que nos queremos.

Estuvimos los dos durmiendo en la misma habitación, y estuvimos hablando..., hablando de Dios..., hasta la madrugada. Si vieras qué alma más santa..., cuánto ama a Dios y a María; es algo muy hermoso.

Salimos los dos *reconfortados*, excuso decirte, y terminamos la conversación *como siempre*, llorando..., no sé por qué, pero es que Dios es tan bueno, si vieras.

Me prometió escribirme y mandarme sus señas para que yo le hablara de la Virgen, pues dice que con él tengo obligación de hacerlo, y así nos vamos ayudando los trapenses cuando estamos fuera del Monasterio.

En fin, te contaría muchas cosas, pero contestaré a tus preguntas.

En el viaje de regreso me detuve en la Trapa, pero muy poco tiempo, pues comimos en Valladolid y estuvimos esperando a que abrieran las tiendas, pues teníamos que hacer unas compras.

En el Monasterio tienen bastante barullo con mil italianos alojados; necesidades de la guerra. No pude ver más que al padre Maestro un momento y asistí a Vísperas.

De Fernando recibimos noticias a menudo de que está bien, y a Leopoldo aún no han llamado a su grupo; está muy tranquilo esperando, pues en concreto aún no se sabe nada.

La huerta está preciosa; me acuerdo mucho de ti, pues ahora hace un tiempo espléndido y estamos todo el día fuera, cada cual en su ocupación, y con una paz envidiable.

Yo me paso la mañana completamente solo y dedicado a las Santas Escrituras en las que cada vez hallo la mina inagotable de la palabra de Dios.

La Misa es a las siete y media, y a las ocho son las Flores de María. Vamos *todos* los de

la familia... La Virgen es muy buena. He dedicado el mes de la Virgen a tres personas: a mi hermano Fernando, a mi hermano Tescelino..., y a mi hermana María... Ya verás qué bien y cómo me escucha.

Bueno..., cenamos a las nueve y a eso de las diez o diez y media estamos ya todos en la cama.

Yo no voy a Burgos a nada, pues allí nada tengo que hacer.

Le di el recado tuyo a doña Vicenta esta mañana después de la Misa, pues como siempre, somos los últimos en salir, como sabes.

En fin, tenemos ya muchas flores y mucha agua, y Eutiquio el jardinero, encantado con una manga de riego que ha comprado mi padre, y que con el motor tiene mucha fuerza.

Como verás, te doy muchos detalles de Villasandino... ¡Quién iba a pensar que tú te ibas algún día a acordar de este pueblo! ¿verdad?... Cosas de Dios. Aquí algunos ratos malos pasaste, pero también algunos buenos..., y como el «¡ay!, Rafa..., Rafa...», sigue aquí..., veo que eres una pobrecilla... Que Dios te bendiga.

Estamos terminando la caseta de los patos y queda muy mona. También terminamos el banco encima del pozo y un estanquito para peces.

En fin, mis padres y mis hermanos están contentos en esta vida tan sencilla..., y yo también, pues veo que aquí se vive más en verdad y aquí es donde..., bueno, en las manos de Dios está todo. No sabes cuánto le agradezco a Rosa la estampa... Quiérela mucho, es muy buena y dila de mi parte muchas cosas, y que sentí no verla en Toro el otro día. Es de las personas que ahí en Toro, yo más quiero.

Me alegro muchísimo que tengas confesor. Ya verás cómo Dios [te] ayuda en todo momento. Mira, cuéntaselo todo. No veas en él a un hombre, sino al enviado de Dios para iluminarte. Cree en su palabra, y sobre todo, sé muy obediente a todo lo que te diga, sin *juzgar*, sino solamente viendo en ello la voluntad de Él... Ponte con toda humildad bajo su dirección, y ya verás cómo cuanta más humildad y más obediencia tengas, mejor te irá...

Si vieras cuánto me alegra lo que me dices... Expansiona tu alma con él, pues para eso el Señor nos pone a los sacerdotes en nuestro camino. Cuéntale tus penas, tus alegrías y tus amores... Habla de Dios y de María..., no temas, y no te digo más, pero te vuelvo a repetir, fíjate bien: «*Si tú eres humilde y obediente con el confesor, el Señor le iluminará de tal manera, que no te **dirá** ni más ni menos que lo que te convenga y necesitas*».

Ya verás cómo con la ayuda de María todo se te arreglará y tendrás tanta paz por dentro como por fuera.

Otra cosa te voy a decir..., quizás me llames entrometido..., pero mira, en el *trato* con toda la familia, en esa vida que me imagino en casa de la abuela, procura *no hacer nada de particular*, no sé si me entiendes.

Muy buena es la independencia, pero la verdadera independencia, la verdadera celda monástica, la llevamos dentro. Procura no herir a nadie, y no solamente tener paciencia, eso es lo menos que puedes tener, sino practicar una virtud que es muy aceptada por Dios que consiste en *buscar* al imperfecto, en *amar* al que quizás te desprecie y no te entienda, en hacer suave y asequible a todos, la dulzura de que Dios te llene ¿me entiendes?

Estemos donde estemos, seamos lo que seamos, siempre hay *algo que hacer*, procura no *cerrarte*... Oculta a Dios dentro de ti, eso sí; ten tus ratos de silencio, y tu oración, pero que nadie se entere... No hagas nada de particular, no por complacer al mundo, entiéndeme, sino para agradar a Dios, al mismo tiempo que eres *útil* a las criaturas.

No me tienes que decir nada; te conozco; sé lo que eres y cómo eres. Pues bien, querida hermana, procura no herir a nadie, sé caritativa en el *roce* con los demás. A veces *un silencio* con ciertos caracteres, duele más que las más acerbadas palabras...

Quiero serte lo más claro posible... Un excesivo retraimiento puede parecer desprecio, y eso no es lo que Jesús nos enseñó.

Jesús buscó la compañía de los enfermos, de los pobres y, sobre todo, de los pecadores no se limitó a la compañía de su amigo Lázaro a quien tanto quería, sino que buscaba a las almas que iba a redimir con su sangre, tanto en los festines de las bodas, como en las plazas públicas, rodeándose de mujeres pecadoras.

¡Es tanto lo que Jesús amó a los hombres! ¡Cuánto tenemos que aprender de Él!

Si yo te pudiera hablar, cuántas cosas te diría... Hay un tesoro tan grande en el amor al prójimo. En fin, me callo; yo no sé escribir; pero mira, hermana querida, no pierdas tu tiempo en vanas discusiones con los hombres y en frivolidades pasajeras, pero ten una enorme caridad con todos. Que sepas comprender, no juzgues, sé humilde y sencilla, procura endulzar tantas vidas como tienes a tu alrededor...

No te cierres, y... «niégate a ti misma». Yo creo que con eso ya te lo digo todo, y quizás me comprendas. De todas maneras, yo no soy nadie. Tu confesor te dirá..., y tú obedece y así no te equivocarás en nada.

Me parece que no te quejarás de mi carta. Con ésta ya me parece que *cumplo* a las dos tuyas..., ¿no te parece? Y mira, no te impacientes, escíbeme cuando quieras y lo que quieras; todas tus cosas las comprendo, y a los pies de la Santísima Virgen las pongo, ya lo sabes.

No sé cuándo iremos a Toro, puedo decirte que por ahora no, pero será más adelante, te lo prometo en serio.

Nada te digo de tu estampa..., eres muy buena y tienes unas delicadezas conmigo que el Señor te pagará... Yo no sé más que agradecer. La verdad es que no tengo motivos en mi vida más que para procurar ser mejor... ¿Cuándo lo seré?

Pide mucho por mí, pues en eso sí que me siento algo egoísta. La oración a la Virgen que me pides, otro día te la mandaré, por ahora la rezaré por ti, ¿te parece bien?

Mamá todos los días pensando escribir, díselo a la abuela... La verdad es que no tiene remedio, qué le vamos a hacer.

¿Se ha confirmado algo cierto sobre tu padre y hermanos?. Dímelo.

Pero no te apures, ya te dije que [en] este pobre fraile sin votos ni convento encontrarías todo lo que en adelante te falte. Y con esta cuartilla termino.

No sé si habré acertado a enviarte en mi carta lo que me había propuesto; mi intención es buena y Dios la ve...

Sigue amando a Dios, sigue buscando la protección de María. Estate muy quieta bajo su manto, arrodillada a sus pies y ya verás cuánta dulzura y cuánta paz te inunda el alma. Acuérdate, cuando estés con María, de tu hermano Rafael, y no temas que la vida se te desperdicie cuando de veras tu corazón sea una brasa ardiente de amor a Dios, y de amor al prójimo. Ya verás cómo incluso es dulce el vivir, si el vivir es un acto continuo de amor a Dios, y si tu vida no la vives *tú*, sino que sea Jesús en ti.

Y mientras tanto, queridísima hermanilla, silencio, oración, renuncia y sacrificio con la risa en los labios y paz en el corazón..., eso es amor, lo demás son flores o aún sin brotar o marchitas, lo que a Dios le ofrecemos.

Para Jesús todo, y todo *para siempre...*, *para siempre*. ¿Te acuerdas? Sin alivios, sin nada que quede para nosotros..., todo para Él, como Él lo quiera, y... para siempre.

Bueno, no te digo más.

Dale muchos abrazos a tío Polín, a la abuela y a todos, especialmente a Rosa, y para ti..., la Santísima Virgen te lo dirá, yo no sé; solamente te puedo enviar el inmenso cariño de tu hermano que tanto te quiere

Fray María Rafael

+

DE "DIOS Y MI ALMA (NOTAS DE CONCIENCIA)"

El mayor consuelo es no tener ninguno

12 de febrero de 1938.

Muchas veces he pensado que el mayor consuelo es no tener ninguno; lo he pensando y lo he experimentado.

Si el consuelo nos viene de las criaturas, el *volver* a la desolación, se hace duro y penoso. Y si el consuelo nos viene de Dios..., ¡cómo es posible luego vivir entre tanta miseria! ¡Qué cuesta arriba se hace la vida! ¡Cómo lastima el trato con los hombres! ¡Qué penoso es el tener que cuidar a este miserable cuerpo, y tener que alimentarse, dormir y sufrir mil flaquezas de la carne!

Alguna vez he sentido en mi corazón, pequeños latidos de amor a Dios... Ansias de Él y desprecio del mundo y de mí mismo.

Alguna vez he sentido el consuelo enorme e inmenso de verme solo y abandonado en los brazos de Dios. Soledad con Dios..., nadie que no lo haya experimentado, lo puede saber, y yo no lo sé explicar. Pero sólo sé decir que es un consuelo que sólo se experimenta en el sufrir..., y en el sufrir solo... y con Dios, está la verdadera alegría.

Es un nada desear más que sufrir. Es un ansia muy grande de vivir y morir ignorado de los hombres y del mundo entero... Es un deseo grande de todo lo que es voluntad de Dios... Es no querer nada fuera de Él... Es querer y no querer... No sé, no me sé explicar..., sólo Dios me entiende, pero aunque no sé la causa, sé sus efectos.

Todo va cambiando en mi alma. Lo que antes me hacía sufrir..., ahora me es indiferente; en cambio, voy encontrando repliegues en mi corazón que estaban escondidos, y que ahora salen a la luz.

En primer lugar, lo que antes me humillaba, ahora casi me causa risa. Ya no me importa mi situación de Oblato en el Monasterio... Alguna vez miro con cierta envidia la cogulla, pero me alegraría si me dieran la capa de Oblato y me quitaran la de novicio. Veo que el último lugar es el mejor de todos; me alegro de no ser nada ni nadie; estoy encantado con mi enfermedad que me da motivos para padecer físicamente y moralmente. Pero lo más *general* es que me traiga sin cuidado, y no me importe nada, ni la capa, ni la cogulla..., y el lugar veo que es lo de menos...

Mi enfermedad..., ¿qué más me da comer solo que acompañado, lentejas que patatas, padecer hambre o sed, vivir hacia la derecha o hacia la izquierda?

Todo me es igual. Sólo quiero amar a Dios y cumplir su voluntad...¿Qué hay fuera de eso? Vanidad..., aire..., deseos pueriles de hombre.

Antes sufría al verme solo. Bendita soledad, Señor, en que me pones... No quiero que me hable ninguna criatura. ¿Qué me pueden decir que Tú desde tu Cruz, no me enseñes?

Cuando tengo una duda, o algo en que estoy incierto, cuando me aprieta una tentación o me dejo llevar de alguna flaqueza..., procuro hacer un acto de humildad a los pies de tu Cruz, y besando tu divina sangre que escurre de las llagas de tus pies por el madero..., pedirte protección, ayuda y consejo..., lo que Tú me inspiras en aquel momento, eso hago.

Bendita soledad en la que *Tú sólo* recoges mis penas. En la que *Tú sólo* recibes mis lágrimas, y para *quien sólo* son mis fervores, mis ansias de tu amor, mis deseos de padecer una partecica de tu cruz.

Ya no me quejo de nada, Señor... Sólo quiero hacer tu voluntad y creo, Señor, en la obediencia humilde, cumplirla.

Sólo pretendo vivir una vida muy sencilla, sin cosas extraordinarias..., muy oculto a los hombres mi amor por Ti...

Vivir mi vida de enfermo en la Trapa con la sonrisa en los labios... Hacer con sencillez lo que me manden. Obedecer con prontitud..., y esconder a todos, el pequeño volcán de mi corazón, que quisiera morir abrazado a la Cruz de Jesús..., mis deseos a veces de penitencias que no puedo cumplir...

Quisiera dormir en la escalera... Quisiera comer debajo de la mesa del P. Abad. Quisiera andar vestido de un saco y una cuerda.. Quisiera, Señor, enmudecer por Ti toda la vida... Y quisiera a veces hacerme el loco y salir dando gritos por los claustros del Monasterio..., arrastrarme a los pies de todos los religiosos... No sé, Señor, lo que yo haría si me dejaran..., a lo mejor nada.

¡Ah!, ¿quién piensa en blancas cogullas..., cuando veo a mi Jesús *desnudo* en una Cruz?... ¿Quién piensa en ser apreciado de los hombres, cuando veo a mi Jesús olvidado de sus amigos y despreciado y escupido en la calle de la amargura?...

¿Quién piensa en tener prudencia, cuando vemos a Jesús con una capa y un cetro de *loco*?... Señor, Señor, yo quisiera ser ese loco..., y recibir las risas y las burlas que Tú recibiste...

Quisiera, Señor, ser ese loco... No sé lo que digo..., pobre Oblato trapense, cuya vida quieres Tú que se deslice en silencio, en oscuridad..., en sencillez... Sea, Señor, cumplida tu voluntad.

¡Pero no tardes, Señor! Mira que tu siervo Rafael tiene prisa de estar contigo..., de ver a María, tu Santísima Madre..., de cantar tus alabanzas con los santos y con los ángeles... ¡Ah!,

Señor, ¿cuándo tendré que dejar de comer..., de dormir..., y de tratar con todos?

¡Qué hermosa profesión voy a hacer el día de mi muerte!... ¡Votos eternos de amor!... para siempre..., siempre. ¿Quién piensa en la tierra y en los hombres? Todo es perecedero, pequeño y deleznable... Sólo Dios... Todo lo externo es vanidad... Sólo Dios... El tiempo y el hombre pasan... Sólo Dios.

Sólo Dios... Sólo Dios... Sólo Dios... sea mi vida, y María mi buena Madre, me ayude a caminar en este valle de miserias. Así sea.

13 de febrero de 1938

Vivir junto a tu Cruz

Bendito Jesús, ¿cómo expresarte, ¡oh Señor!, la gran ternura que mi alma siente ante la dulzura de tu amor?

¿Qué he hecho yo, Dios mío, para que así me trates? Tan pronto se inunda mi alma de profunda amargura, como se llena de regocijante alegría, al pensar en Ti y en lo que Tú me prometes al final de la jornada. ¿Qué he hecho yo, Señor?

Hoy en la santa comunión he sentido el consuelo de verme cerca de Ti, cuando todo parece que me abandona. He querido, Señor, clavar en tu Corazón esas palabras que digo todos los días: «No permitas, Señor, que me aparte de Ti».

Abrazado a tu Cruz, entré en el Capítulo... A los pies de tu Cruz tomé el alimento que necesita mi débil naturaleza... A los pies de tu ensangrentada Cruz, hallo el consuelo de escribir estas líneas... «No permitas que me aparte de Ti».

Esté siempre, Señor, a la sombra del duro madero. Ponga allí, a tus pies, mi celda, mi lecho... Tenga yo, Señor, allí mis delicias, mis descansos en el sufrir... Riegue el suelo del Calvario con mis lágrimas... Allí a los pies de la Cruz, tenga mi oración, mis exámenes de conciencia... «No permitas, Señor, que me aparte de Ti».

Qué alegría tan grande es poder vivir al pie de la Cruz. Allí encuentro a María, a san Juan y a todos tus amadores. Allí no hay dolor, pues al ver el tuyo Señor ¿quién se atreve a sufrir?

Allí todo se olvida, no hay deseo de gozar, ni nadie piensa en penar... Al ver tus llagas, Señor, sólo un pensamiento domina al alma..., amor..., sí, amor para enjugar tu sudor; amor para endulzar tus heridas; amor para aliviar tanto y tan inmenso dolor.

No permitas, Señor, que de Ti me aparte.

Déjame vivir al pie de tu Cruz sin pensar en mí, sin nada querer ni desear, más que mirar enloquecido la sangre divina que inunda la tierra...

Déjame, Señor, llorar, pero llorar de ver lo poco que puedo hacer por Ti, lo mucho que te he ofendido estando lejos de tu Cruz... Déjame llorar el olvido en que te tienen los hombres, aun los buenos...

Déjame, Señor, vivir al pie de tu Cruz..., de día, de noche, en el trabajo, en el descanso, en la oración, en el estudio, en el comer, en el dormir..., siempre..., siempre.

Qué lejos veo el mundo, cuando pienso en la Cruz. Qué corto se me hace el día cuando lo paso con Jesús en el Calvario. Qué dulce y tranquilo es el sufrimiento pasado en compañía de Jesús crucificado.

Llevo muy poco tiempo desde que conocí la dulzura de los caminos de Cristo, pero es en la Cruz donde siempre he hallado consuelo. Es en la Cruz donde he aprendido lo poco que sé... Es en la Cruz donde he hecho siempre mi oración y mis meditaciones... En realidad no sé otro sitio mejor, ni acierto a encontrarlo..., pues quieto.

Por eso, Señor, al ver la divina escuela de tu Cruz; al ver que es en el Calvario, acompañando a María, donde únicamente puedo aprender a ser mejor, a quererte, a olvidarme y despreciarme, «no permitas que me aparte de Ti».

Qué bueno es Dios conmigo. Eso sí que no lo sé expresar. Me saca *a la fuerza* del mundo. Me envía una cruz y me acerca a la suya..., y así, sólo esperar; esperar con fe, con amor; esperar abrazado a su Cruz.

¡Ah!, la locura de la Cruz, ¡quién la tuviera! ¡Ah!, si el mundo supiera el tesoro de la Cruz, cómo cambiarían los hombres.

¡Ah!, si Dios no permitiera que yo le ofendiera!, y siempre lo hago cuando de su Cruz me aparto..., qué feliz sería yo entonces.

Por eso, Señor, agarrado a ella con todas mis fuerzas, juntando mis lágrimas a tu sangre y gritando con gemidos y aullidos..., queriendo volverme loco..., loco por tu santísima Cruz..., óyeme, ¡oh Señor!, atiéndeme y no desprecies mis súplicas... Limpia con el agua de tu costado mis pecados enormes, mis faltas, mis ingratitudes; llena mi corazón con tu sangre divina, y sosiega mi alma que no cesa de clamar: «Déjame, Señor, vivir junto a tu Cruz, y no permitas que de ella me aparte».

¡Virgen María, Madre de los Dolores!, cuando mires a tu Hijo ensangrentado en el Calvario, déjame a mí que humildemente recoja tu inmenso dolor, y déjame que, aunque indigno, enjague tus lágrimas.